

Las horas y Sant Pol: tributo a una casa

No eras diferente de las otras. Fachada blanca, dos pisos y patio de baldosas amarillentas. Tenías una verja desgastada que miraba, atrevida, de cara a la entrada del cementerio donde años después descansaría mi abuela. Desde tu ventana de la cocina, se veían los altos cipreses apuntando al cielo.

Te asentabas en el número uno de la calle Garbí, la cima de una rampa infinita, una escalera empinada que iba desde el mar hasta la montaña. Tu terraza, la proa de un barco que solo veía mar.

Algunos días te dejaba e iba a la parte baja del pueblo, donde los tíos de mi madre tenían un apartamento. Me gustaba ir; eran los únicos días que iba a la piscina. Estaba envuelta por enormes bloques de pisos, que le daban sombra. Movía mis pies en el agua fría y salpicaba a mi madre.

En el ascensor que llevaba a los apartamentos había un cartel donde se pedía a los vecinos que no subieran mojados; también se indicaba que los menores de doce años no podían ir solos. Yo pensaba que nunca me llegaría el día. En realidad, nunca lo hizo; cuando cumplí los doce, hacía años que no pisaba el pueblo.

Años después, tendría una conversación con un amigo, su padre era marinero. “¿Cómo te hace sentir el mar?” Me preguntó, envuelto por el ruido del metro. “Respeto. Le tengo respeto”. Le dije. Me dijo que esa era una buena respuesta.

El respeto hacia el mar lo aprendí en Sant Pol. La orilla de la playa principal tenía un desnivel profundo y rápido. Me daba miedo dar dos pasos y tener el agua en el cuello.

Me solía estirar justo en la orilla de la playa y la sensación del vaivén de las olas en mi espalda me hacía verme como una de las barcas aparcadas al lado del chiringuito. Tú, mientras tanto, me observabas jugar desde la ladera de la montaña.

Recuerdo ver a tus jóvenes cruzar corriendo la vía del tren; era la forma más rápida de llegar a la playa. Solía juzgarlos desde la arena, con esa indignación infantil ante lo incorrecto, ante la ruptura de las normas.

A tu pueblo se le hace una burla. Hace muchos años, la gente construyó un reloj solar. Lo admiraban tanto que se volvió un símbolo del pueblo. Lo admiraban tanto que construyeron un tejadito para que la lluvia o el viento no lo estropeará. La broma se cuenta sola. Por lo tanto, cualquier catalán que escuche Sant Pol, responderá: “¿Qué hora es?”

Pero os apropiasteis de la burla. En la entrada del pueblo por autopista, nos dais la bienvenida con un cartel: “*Es hora de Sant Pol*”.

El día que subíamos desde Barcelona, teníamos que limpiarte toda. Pasabas todo un año cerrada, solitaria. Alguna vez te acompañaban otros huéspedes, escorpiones que se quedaban debajo de la litera blanca donde me solías acunar. Llegué a tener pesadillas de que picaran a mis madres.

Tú, protegiéndome, ahuyentabas los sueños a golpe de sábana.

Tus habitaciones eran para mí un archivo de todos los recuerdos desconocidos de la infancia de mi madre. Crecí sabiendo poco, la mayoría de las anécdotas y objetos que tenía en mi imaginario eran de la otra parte de la familia. Tiernamente, me mostrabas las muñecas que le guardabas, ya viejas; su colección de gomas de borrar y sus cuadernos con humedades: me hacías recordar que mi madre también había sido niña.

Después, brindaste a las dos una juventud tardía envidiable. Antes de nacer yo, eras un constante flujo de amigos, conocidos y familiares, que pasaban unos días contigo. Pasaban momentos juntos, pero también les ofrecías sitios para estar en soledad.

Mi madre sigue en tu terraza, quizás entretenida con una cámara, mirando el mar.

Ahora estás vacía. El aire salado se cuele por tus rendijas y te pudre por dentro. Imagino que no estás sola, los escorpiones te acompañan.

Acogiste el casamiento de mis madres. Fueron la primera pareja de dos mujeres en hacerlo. Reísteis, bailasteis. Reuniste a las cuarenta personas más queridas para ellas. Yo también asistí, desde dentro de mi madre. En octubre de 2008, tu ayuntamiento se llenó de flores de buganvilia rosas.

En ti, viví el Mediterráneo en carne propia.